

Artificios para matar al monstruo

Norma Lazo*



Mi cabeza mide ochenta y ocho centímetros de circunferencia y tengo una amplia masa carnosa en la parte de atrás, grande como un tazón. La otra parte parece, digamos, valles y montañas, todos amontonados, mientras que mi cara tiene un aspecto que nadie quisiera describir. Mi mano derecha posee casi el tamaño y la forma de una pata de elefante. El otro brazo y la mano no son mayores que los de un niño de diez años, y están algo deformados...

John Merrick

I. El monstruo adentro

Cronenberg propone en su extensa filmografía —*Rabid*, *Videodrome*, *The Brood*, *Shivers*, *Skaners*, *Dead Ringers*, *Dead Zone*, etcétera—, que el verdadero horror proviene de nuestro propio cuerpo. Es dentro de él donde pueden formarse las figuras más amenazantes. El peligro corporal se esconde, como cualquier otro engendro, en lugares inusitados y ocultos: las profundidades de nuestras vísceras, las esquinas de la estructura ósea, las cavidades de los esfínteres, entre los músculos, debajo de los pulmones, en las paredes de nuestras fibras

nerviosas. Los verdaderos monstruos se mantienen ocultos y esperan al acecho el momento para surgir y consumirnos lentamente o en un ataque sorpresivo.

El horror corporal no es un pensamiento cotidiano o masificado en la actualidad, quizás porque la idea más común de enfermedad es la de una estadía que aflige al organismo de manera transitoria, altibajos comunes de cualquier persona, incluso de aquellas que ostentan la salud como un certificado de pedigrí; pero las grandes enfermedades, las que pueden considerarse una tragedia,

pensamos que sólo pueden ocurrirle a otro individuo antes que a nosotros. No obstante, para quienes sufren síndromes crónicos, el horror corporal no es una estadía transitoria, sino una amenaza que vive dentro, y aunque es huésped en nuestro cuerpo, sabemos que no es propio aquello que nos traiciona. Ese ser endógeno nos habita, pero no nos define. Sin embargo, para aquellos que observan somos nosotros mismos. Por eso siempre lo mantenemos oculto entre las mareas sanguíneas, los tejidos y los procesos químicos; pero cuando no es contenido, hace de nosotros sus propios monstruos y atemoriza a todos los que están incapacitados para comprender que aunque vive dentro, el mal nunca está en nosotros.

II. John Merrick: el mal se hace presente

La enfermedad que padeció John Merrick lo convirtió en vida —y aun después de su muerte— en la referencia cotidiana del ser “monstruoso”. Su lastimosa enfermedad, imposible de ocultar, fue apoderándose de la superficie de su cuerpo formando protuberancias en lugares donde no debía haberlas. John Merrick —o Joseph, ya que existen diferencias sobre su verdadero nombre y fechas de nacimiento y muerte—, encabeza las galerías de “curiosidades médicas” o de *freaks*.

Merrick nació en 1862, durante muchos años se pensó que encarnó el caso más grave de neurofibrosis —enfermedad tumoral que aqueja los nervios periféricos ocasionando manchas y pequeños bulbos en el cuerpo— del que se haya tenido conocimiento hasta la fecha, pero después de varias investigaciones se concluyó que Merrick padeció el síndrome de Proteo, bautizado de esa forma por el dios mitológico que conseguía cambiar de forma caprichosamente.

La historia de Merrick ya es popular gracias a la película *El hombre elefante*, producida por Mel Brooks y dirigida por David Lynch en 1980. Sabemos que el destino de Merrick fueron los circos y las ferias de fenómenos y que era acosado por la visita de morbosos ignorantes que lo observaban con curiosidad y repulsión. En la entrada de aquella feria, se repartían programas donde Merrick se describía a sí mismo haciendo alusión a sus deformidades. También cuenta la historia que la vida del hombre elefante cambió con la llegada del doctor Travis, quien después de presenciar su aparición le entregó una tarjeta para recibirlo en el hospital donde trabajaba. Travis no lo vio como una curiosi-

La enfermedad que padeció John Merrick lo convirtió en vida —y aun después de su muerte— en la referencia cotidiana del ser “monstruoso”. Su lastimosa enfermedad, imposible de ocultar, fue apoderándose de la superficie de su cuerpo formando protuberancias en lugares donde no debía haberlas. John Merrick —o Joseph, ya que existen diferencias sobre su verdadero nombre y fechas de nacimiento y muerte—, encabeza las galerías de “curiosidades médicas” o de *freaks*.

dad de feria, pero sí como una curiosidad médica: una curiosidad, al fin y al cabo. El médico quedó impresionado por la inteligencia y sensibilidad de Merrick, así que se convirtió en su protector con la condición de que le permitiera hacerle ciertas pruebas. Merrick vivió sus últimos años como ser humano y no como un animal-fenómeno de feria. Su muerte por asfixia, la cual es presentada como suicidio en la versión fílmica, terminó con el sufrimiento de un hombre que, a pesar de su belleza interna, fue despreciado, porque el monstruo que se gestó en sus nervios, decidió hacerse presente.

III. La enfermedad y sus significados

En *La enfermedad y sus metáforas*, Susan Sontag selecciona dos padecimientos crónicos que han sido igualmente temibles: el cáncer y la tuberculosis. En su ensayo habla de forma lúcida sobre los significados de cada uno. La tuberculosis, la enfermedad glamorosa y romántica, la de los poetas y los artistas. El cáncer, una enfermedad que pudre el cuerpo, que se enquistas, que invade. La tuberculosis es la enfermedad de los sensibles, los poetas. El cáncer, la de los reprimidos y rencorosos.

Si bien es cierto que determinadas enfermedades estigmatizan a quienes la padecen, también sería oportuno señalar que existen otras enfermedades que por su rareza médica se convierten en el juego de azar de la genética y dejan al enfermo y sus familiares sin la posibilidad de fabular. Nada hay más punitivo que darle un significado a una enfermedad, significado que resulta invariablemente moralista, dice Sontag. Y es cierto, el enfermo no sólo se consume lentamente por la

El monstruo como metáfora de la maldad humana y de la decadencia social tuvo gran auge en la Inglaterra del siglo XIX; el relato policial y de horror son una prueba de ello. Las historias negras acapararon la atención de una muchedumbre impresionada por el perfecto criminal de Lombroso: lo que era “feo” definitivamente debía ser peligroso.

sintomatología, sino también por la culpa; sin embargo, cuando el sentido moral está ausente, surgen significados alternos igual de devastadores y son los que nos recuerdan que existen padecimientos que escogen a sus enfermos por capricho, enfermedades que aparecen en una persona entre un millón. Ahí tenemos el caso Merrick: no se ha tenido conocimiento de otro evento tan grave de síndrome de Proteo en todo el siglo XX. ¿Por qué tuvo que ser él entre millones de personas y decenas de años? ¿Cómo fabular cuando somos víctimas del azar? El azar en sí guarda otra sentencia tan cruel como el sentido moral de las enfermedades, y es el que se relaciona con la suerte y la desventura, con aceptar de una forma simple que la enfermedad es producto de nuestra mala fortuna, que sufrimos sin “merecerlo”, que la agonía es inútil, no hay culpa que expiar y por lo mismo, ningún paraíso que nos recompense.

IV. El monstruo afuera

La idea del monstruo que invade el cuerpo ha trastocado a todas las sociedades. En el siglo de Merrick se pensaba que lo deforme con seguridad era malvado. El monstruo quería destruir y romper al hombre civilizado.

El monstruo como metáfora de la maldad humana y de la decadencia social tuvo gran auge en la Inglaterra del siglo XIX; el relato policial y de horror son una prueba de ello. Las historias negras acapararon la atención de una muchedumbre impresionada por el perfecto criminal de Lombroso: lo que era “feo” definitivamente debía ser peligroso.

Los rasgos simiescos de Lombroso estuvieron presentes en el Mr. Hyde de Stevenson y su seudociencia fue recurrida por el inolvidable *Sher-*

lock Holmes de Arthur Conan Doyle, pero es en la atmósfera finisecular del siglo XIX, cuando la creencia de que existía relación entre la maldad y los rasgos físicos alcanzó un punto álgido: el vampiro y el hombre lobo se convirtieron en los personajes representativos del temor a la decadencia del hombre civilizado. Merrick vivió entre la creencia de que la maldad debía ser deforme. Casi todos olvidaron el *Frankenstein* de Mary Shelley que, no obstante, perteneció a los principios del XIX, se alejó de la paranoia criminal para proponer que el monstruo que atemoriza puede enseñarnos sobre la naturaleza humana, y que el monstruo es a su vez contraparte: héroe, salvación y redención.

V. El mal en nosotros

En *La enfermedad y sus metáforas*, Sontag resalta la importancia de entender las enfermedades sin prejuicios, fobias ni miedos, pero sobretodo, sin afanes punitivos, ya que son estos significados los que entorpecen su comprensión y en ocasiones hasta su cura. Empero, la concepción de la enfermedad como expiación o como patente de grandeza y estoicismo, ya es parte del sospechoso camino del consuelo —pero quién en esas circunstancias no lo necesita. Es así, que la sublimación y la santificación de la enfermedad han convertido a deformes, contrahechos y desahuciados en ejemplo de creación y genialidad, y al sufrimiento físico, en modelo de superioridad moral. Todo por expiar al monstruo. Todo para demostrar que el mal nunca está en nosotros.

* Nació en el puerto de Veracruz. Es egresada de la Facultad de Psicología Clínica de la Universidad Veracruzana. Ha participado con narrativa y poesía en diversas publicaciones; autora de *El amor es un triángulo equilátero*; la antología *Cuentos violentos* donde participan doce de los narradores más importantes de la actualidad; y *Sin clemencia: los crímenes que conmocionaron a México*, entre otros.